

NIÑO EN BICICLETA

Con la ilusión prendida al doble cero,
la lleva de la mano como a un niño,
como si el niño fuera ella, ser tan frágil
que hay que tratar con mimo, con cuidado
de que no se fatigue. Bajo árboles
pasa, desfila como un general
ecuestre aunque ha dejado la montura,
y son para él soldados que presentan
armas. Cuanto divisa su mirada
está absorto ante él, rindiéndole homenaje.
Es el amo del mundo, el poderoso
dueño de la brillante criatura
admirada por todos. Él también
la admira. *Manillar, sillín, pedales,*
timbre, piñón, cadena, niquelado,
faro... Palabras nuevas, relucientes
como las cosas mismas que designan,
palabras máginas que ruedan en sus labios
como ella misma por el deslumbrante
asfalto de la calle. Ahora se sube
al corcel, lo espolea, va sin manos,
en alarde de línea recta, en muestra
de su genial dominio de jinete,

y a la vez en soberbia exhibición
del objeto estrenado esta mañana
de primavera. Dulce primer día
de nueva vida, más ancha, más larga,
más gozosa, más libre... Los soldados
se han puesto en este día tan solemne
uniforme de gala. El sol alumbra
para poner destellos victoriosos
en el metal, para pulir jaeces
y arreos cegadores en el potro
brioso y dócil. ¡Suya es esta joya!

Calle arriba y abajo van y vienen
raudos, raudos, vehículos a miles
(oh, más despacio que él de todos modos).
Rozando al indefenso, al tan seguro
de larga vida, de avenida larga
y ancha para sus tiernas ilusiones
de intrépido jinete hacia el *plus ultra*
ignorado. Rozándole sir verle.
Ni él a ellos. Tampoco yo. Está lejos,
ya se ha alejado sobre el doble cero
de su ruleta, del azar. La vida
de un niño, el juego de llegar a hombre.

VICENTE GAOS